

EL COMUNISMO EN EL CERCANO ORIENTE: EGIPTO

Ricardo Pattee

Egipto es el país más importante, de mayor población, más dinámico y más capacitado desde el punto de vista de la realización de una política de grandes proyecciones el Cercano Oriente. Merece que le dediquemos una atención preferente en esta serie sintética del estado del comunismo en la región. Pero, primero y ante todo, es menester hacer hincapié en un problema capital, que es la relación o ausencia de ella, entre el Islam profesado por la mayoría abrumadora de los habitantes de estos países y el marxismo. Durante mucho tiempo, desde que el comunismo constituye una fuente de inquietudes en esta zona, se ha venido repitiendo que la probabilidad de su acción eficaz entre los países árabes tropieza forzosamente con el baluarte infranqueable de las convicciones religiosas y que pueblos que creen en las enseñanzas del profeta difícilmente pueden dejarse seducir por el evangelio que emana de Moscú. Un conocedor competente de estos problemas y que ha dedicado sus desvelos a la penetración del comunismo en el Oriente, Walter Z. Laqueur, en su libro recién publicado, **Communism and nationalism in the Middle East** pretende refutar resueltamente esta tesis. Este autor británico sostiene que bien al contrario, la clase intelectual del Cercano Oriente tiende progresivamente a apartarse de las normas tradicionales de Islam; que esta clase se halla en una verdadera encrucijada espiritual y que aunque profesando externamente la religión popular, ha perdido para los efectos toda vinculación personal con sus doctrinas y prácticas.

Más todavía, en muchas partes se da el caso de árabes que tratan de conciliar el marxismo con Islam, al mostrar que en el Corán hay numerosos textos que parecen confirmar la compatibilidad entre un sistema y el otro. No es este el lugar para provocar una discusión sobre cuestión tan especializada. Lo esencial es que comprendamos que el comunismo se presenta a los ojos de muchos elementos orientales y especialmente en los países donde la influencia occidental ha perdurado mucho tiempo, como un instrumento de rechazo; como un medio efectivo para enterrar un pasado tenebroso de dependencia y de humillación. En una palabra, el marxismo vitaliza y orienta a menudo lo que late en la subconciencia de in-

numerales árabes; el antagonismo al Occidente y la voluntad incontenible de sacudir un yugo secular que ha dejado como resultado una herencia de frustración y de resentimientos.

Cronológicamente el partido comunista egipcio fué fundado en 1920 en Alejandria pero este acontecimiento significa muy poco en la historia del izquierdismo nacional, pues durante largos años, y especialmente desde 1924 cuando fué declarado ilegal, lo que pudo haber de marxismo, continuaba a existir en la total clandestinidad. No hubo en realidad un partido sino un movimiento, algo vago, contradictorio y distinguido por la proliferación de sectas y tendencias dentro del marco común del comunismo. La vida política de Egipto estaba dominada después de la primera guerra mundial por la aparición del nacionalismo independentista bajo el nombre del partido **Wafd** que conoció su gran triunfo en 1924 con la formación del primer gobierno del Egipto independiente. El pequeño partido comunista a que me he referido se afilió al Comintern y durante algunos años languideció sin pesar para nada en el balance de la política egipcia, dominada como estaba entonces por el nacionalismo más o menos islámico.

La debilidad, inicial del comunismo en Egipto era la falta de todo contacto con la masa nacional. Sus primeros adeptos pertenecían a las minorías étnicas lingüísticas, tales como los griegos, armenios y judíos y su programa carecía por completo de todo sentimiento de la realidad del país. En segundo lugar, el comunismo incipiente predicaba la doctrina de la lucha de clases cuando las emociones y las pasiones del Egipto de 1920-30 estaban dominadas por la idea de la liberación nacional. Es importante también considerar la naturaleza de la masa egipcia como ingredientes, si lo puedo expresar así, de un movimiento revolucionario de envergadura. Esta masa campesina, hambrienta, miserablemente alojada, precariamente alimentada y atacada por una variedad asombrosa de enfermedades endémicas, no constituía un elemento excesivamente ideal para una obra que exige mucha abnegación y un tesón inquebrantable. Más fácil fué para movimientos como la Hermandad Islámica de despertar el entusiasmo adormecido de este proletariado rural.

Después de 1928, el movimiento en Egipto se plegó a las recomendaciones y resoluciones del sexto congreso del Comintern, que instaban a los dirigentes a organizar las masas como preludio de todo intento subversivo y evitar que la burguesía nacionalista se adueñara de los sindicatos. También se dió cierta atención —por lo menos en teoría— a la necesidad de penetrar el campesinado puesta hasta entonces solamente los obreros urbanos habían interesado a los comunistas. No obstante estas instrucciones, el comunismo no hizo ningún progreso perceptible. En 1940 con la guerra el gobierno egipcio prohibió las huelgas, coartó la libertad de acción de los sindicatos e hizo difícil que los comunistas activasen su programa.

Desde 1941 se habían formado círculos de estudios en Alejandria y el Cairo para constituir luego el núcleo de un nuevo movimiento comunista más ajustado a las exigencias del día. Dos agrupaciones políticas resultaron de este nuevo esfuerzo, cuya diferencia esencial consistía de un enfoque distinto en cuanto a la manera de propagar el marxismo en el país. El ambiente de pro-sovietismo de 1941-44 alentó considerablemente toda tendencia extremista pues en aquel tiempo aún en los medios más francamente conservadores, había una corriente de simpatía hacia el glorioso Ejército Rojo". Egipto reconoció la Unión Soviética en 1943 y varias revistas

y periódicos aparecieron que divulgaban la doctrina marxista. Egipto siempre ha sido un país donde florecen con una desconcertante prodigalidad los partidos, agrupaciones, sociedades políticas y movimientos de toda índole. Entre 1941 y 1955, prosperan estos grupos como hongos en una confusión maravillosa de tendencias y contratendencias. Hay comunistas de afiliación estricta con Moscú; otros que son tildados de trotskistas; otros que pretenden adaptar el programa del **Wafd** al marxismo y otros que representan todas las infinitas variedades sectarias y doctrinales en que el comunismo puede dividirse. Hubo en 1947 una fusión de dos movimientos principales, conocido ahora por el nombre de Movimiento Democrático de Liberación Nacional. Entre sus miembros había oficiales del ejército y lo que es más extraño, estudiantes de la gran universidad islámica de Al Azhar.

La guerra contra Israel en 1948 paralizó las actividades de los comunistas por algún tiempo pues bajo la ley marcial que se impuso, había escasa oportunidad para su propaganda. Este estado de cosas duró hasta 1950 y durante este tiempo no pocos afiliados al movimiento comunista fueron a parar en la prisión o los campos de concentración. Durante los años difíciles de 1951 y 1952, el comunismo volvió a tomar cuerpo y los núcleos disueltos fueron revitalizados. La situación revestía un aspecto increíblemente complejo cuando el General Naguib tomó el poder en julio de 1952. Cuando este golpe fué seguido por el destronamiento de Farouk, los comunistas egipcios se hicieron responsables de este acto, proclamando que sus adeptos en el ejército habían logrado este resultado como paso inicial hacia la revolución total. No puede hablarse en este momento de un partido comunista, sino de una serie de partidos personalistas que pretendían reflejar con fidelidad la doctrina. En 1953 el gobierno actuó con vigor contra los comunistas después de establecer sus relaciones estrechas con centros y autoridades de los países satélites y Moscú. A pesar de las restricciones, los partidos marxistas continuaron a mantener relaciones con el **Wafd** y sobre todo con la Hermandad Islámica que les permitieron en medios normalmente cerrados a su labor de infiltración.

El comunismo interior de Egipto no ha prosperado como consecuencia del acercamiento entre Nasser y la Unión Soviética. No hablamos, desde luego, de la política internacional del gobierno de Egipto, sino de la situación de hecho del marxismo en el país y como fuerza capaz de determinar el rumbo social y político del futuro. El problema es si los dirigentes nacionales pueden elogiar el régimen soviético y al mismo tiempo deplorar el avance del comunismo dentro de las fronteras nacionales. Desde octubre de 1953, la prensa comunista en Egipto ha cesado de atacar el gobierno en cuanto a su diplomacia. No se habla más de Abdul Nasser como "el lacayo de Washington" o "esclavo fascista de Dulles".

Parece evidente que el comunismo como movimiento organizado ha sufrido de dos debilidades en Egipto: primero, sus controversias en torno a, puntos de doctrina marxista y la pugna y forcejeo entre las personalidades que han pretendido dirgirlo, y segundo, la preponderancia de cripto-comunistas sobre personas afiliadas abiertamente como miembros del partido. De la misma manera que en Jordania, muchos elementos egipcios han visto en la propaganda comunista un instrumento precioso para socavar la posición extranjera y notablemente la británica sin llegar a convertirse en militantes del movimiento.